

pero esta tenia entonces otros cuidados. Acababan de ser derrotadas por el prodigioso número de los enemigos las tropas que á las órdenes del conde Trajano habia enviado delante contra los godos el emperador, que hacia poco habia llegado á Constantinopla. Quitó el mando á este valeroso y digno general, llenándole de injurias y aun tratándole de cobarde; pero Trajano, católico virtuoso y de una fé tan viva como pura, le contestó con valor: «no soy yo, señor, el que perdí la victoria, que era humanamente imposible, sino vos que la procurasteis á nuestros enemigos, volviendo hácia ellos el auxilio del Todopoderoso, irritado por la esclavitud de sus verdaderos adoradores (1).» Apoyaron este discurso con firmeza los generales Arinteo y Victor, igualmente religiosos y grandes guerreros; mas el príncipe, que nunca habia tenido tanta necesidad de ellos, tomó el partido de disimular. Reunió, pues, todas sus tropas, y á la cabeza de ellas salió de Constantinopla el 14 de junio de 378.

Al paso por el camino que llevaba el emperador estaba la celda de un solitario célebre por su santidad y milagros. Isaac, que así se llamaba este santo hombre, viéndole pasar le gritó: «¿A dónde vais, señor, despues de haber hecho la guerra al Hijo de Dios é inflamado su venganza? Él es el que ha suscitado contra vos á los bárbaros; reparad las injurias que habeis hecho á su gloria, pues de otra manera vais á perecer con vuestro ejército.» Yo volveré, respondió friamente el emperador, á confundir tu profecía, y hacerte padecer la muerte debida á tus imposturas. — Al instante mandó que se tuviese encarcelado al solitario hasta su regreso. Enhorabuena, dijo Isaac levantando mas la voz; quitadme la

(1) Theod. lib. 4, c. 33.

vida si el suceso me conviene de menzura (1). Avanzó Valente hasta cerca de Andrinópolis, no lejos de Nicea en Tracia, lugar desgraciado y célebre por el simbolo que los arrianos habian hecho firmar allí á los diputados del Concilio de Rimini (2); trabóse el combate el dia 9 de agosto, en el que perecieron las dos terceras partes de las tropas de los romanos, y murió tambien el mismo emperador (a). No pudo hallarse su cuerpo: más se tuvo por cierto que habiendo sido herido de una flecha, le llevaron á una cabaña algo distante, á la cual pusieron fuego los enemigos, sin saber que se hallaba allí Valente. Solo escapó de este asilo funesto uno de sus guardias saltando por una ventana, y fué quien refirió esta triste

(1) Sozom. hist. lib. 6, cap. 40.
(2) Ib. c. ult.
(a) El 9 de agosto del año 378, en que se dió esta sangrienta acción, fué para los romanos el dia más funesto despues de la batalla de Canas. Al principio consiguieron los bárbaros algunas ventajas sobre el ejército del general Trajano; mas destituido este por Valente á causa de su generosa confesion, y puesto en su lugar aquel conde Sebastian que tantas vejaciones hizo padecer á los católicos de Alejandria, fueron batidos los godos en algunos encuentros parciales. Estas pérdidas impelieron á su jefe á pedir por dos veces la paz, no precisamente con ánimo de ajustarla sino con el de ir dando treguas y tomarse tiempo para que llegasen los refuerzos que habia pedido á los suyos que habitaban de la otra parte del Danubio. El emperador reunió su consejo, pero este no pudo ponerse acorde mas que en pedir á Graciano un ejército auxiliar. Luego que hubo llegado este no dudaron presentar la batalla á los godos. Llenos estos de valor y desesperados acometieron á los romanos al amanecer de aquel dia memorable. A poco de comenzada la acción se dejaron ver sobre las montañas los refuerzos de los godos, alanos, hunos, y otros pueblos del Norte que á manera de cascadas se precipitaron sobre las legiones imperiales, é hicieron en ellas el más horrible destrozo. Pefeóse con encarnizamiento sin igual por una y otra parte hasta despues de entrada la noche. Aquel Trajano tan injuriado por Valente, se presentó en lo más terrible de la batalla, y con su pequeña compañía sostuvo la gloria del imperio, hasta que al fin cayó aseteado; tal es el valor heroico de un militar verdaderamente cristiano! Por último, deshechos por todas partes los romanos, hubieron de aquel campo de horror; y una flecha disparada al acaso por los bárbaros que les perseguian, hirió á Valente, el que se vió precisado á guarecerse en la casa de campo donde fué quemado vivo, terminando así aquella sangrienta jornada. Sozom. lib. 6 hist. cap. ult.

(N. del E.)

noticias. Así murió á la edad de poco menos de cincuenta años el tirano de los adoradores del Hijo de Dios, y el último apoyo de la impiedad arriana entre las naciones cultas. Despues de este castigo ejemplar, cayó gravoso á ninguna otra persona si es que fuera posible incomodarse á sus herederos, porque su vida era de una fragilidad precaria, y su ánimo como lo dice el poeta, tan poco costoso como el de los pájaros. Salta pocas veces, y jamás á vistas indolentes, ni por diversion ó curiosidad, y esto en una ciudad que era la maravilla del mundo, donde tantas escuelas y monumentos enseñaban á los ciudadanos á ser buenos.

LIBRO DÉCIMO.

Desde la caída del arrianismo en el año 378, hasta la muerte de Teodosio en el de 395.

Si la impiedad halla á menudo protectores entre los potentados del mundo, tambien la Providencia proporciona de entre ellos á la verdadera Religión solidos sostenedores y defensores celosos. Valente habia trastornado completamente la iglesia de Oriente; pero pronto veremos restablecida en ella la paz por un emperador que, á la bondad y reclusión del gran Constantino, reunia ser más difícil de seducir, y mayor discernimiento, ó por lo menos mas consecuente y eficaz. Este fué el gran Teodosio, que destinado á purgar la sociedad cristiana de la amalgama de los idólatras y á curarla del contagio de las heregias no menos impías, necesitaba de cualidades superiores, ó mejor sostenidas, que el primer libertador de la Iglesia, encargado únicamente, por decirlo así, del bosquejo de esta grande obra. El Señor, en sus designios de misericordia, dió primeramente este príncipe segun su corazón al Oriente, donde el mal era mayor, y despues le confirió el gobierno de todo el mundo cristiano.

en tal descrédito la heregia, que podia mirarse como arruinada en el imperio; y pronto se hubiera aniquilado del todo sin el deplorable resultado de la seducción entre los bárbaros.

Hallábase á la sazón en el estado mas lamentable la iglesia de Constantinopla, despues de cuarenta años que los arrianos dominaban en ella bajo de dos emperadores hereges que se habian sucedido el uno al otro casi sin interrupcion. Talaban el redil del buen Pastor una infinidad de seclarios, y el corto número de las ovejas fieles no tenían entonces quien las sirviese de guia. Ninguno ciertamente era mas propio para recoger ó reanimar las ovejas desoladas de la dispersion que el sublime y profundo doctor Gregorio Nacianceno. Su espermentada virtud, así como su doctrina y su elocuencia, le habian grangeado la mas alta reputacion. Era obispo, pero sin diócesis, y vivia retirado en Seleucia cerca de los castos despojos de la primera de las mártires Santa Tecla, á la cual tenia una devocion particular. Los católicos de la ciudad imperial mostraron un vivo deseo de ponerse bajo de su direccion, y los obispos celosos aprobaron este deseo; pero Gregorio no podia resolverse á dejar las mudas

dulzuras de su soledad. Hacia frente á las súplicas de sus mayores amigos, á quienes acusaba de que hacían traición á la amistad, y ellos por su parte le reprendían la inacción del siervo inútil, á vista de una iglesia espuesta sin piloto á la mas furiosa tempestad mientras él rehusaba dirigir el timon.

A pesar de toda su repugnancia y de la debilidad de su salud, consumida de austeridades, de enfermedades y de vejez, se rindió al fin. Su cuerpo encorvado hácia la tierra, segun nos dice él mismo, parecia no aspirar mas que á volver á ella: su cabeza estaba enteramente despojada de cabellos, su rostro y sus miembros tan descarnados como los de los cadáveres (1). Mas el humilde orador ocultaba con cuidado la causa honrosa de esto, que era principalmente su penitencia. Sin embargo, como sus vestidos y su modo de vivir respiraban pobreza, y aun el sonido de su voz era algo áspero y agreste, fué mal acogido al principio. Los arrianos, llenos de preocupaciones contra la doctrina católica, creyeron ó fingieron creer que adoraba muchos dioses. Por otra parte, estando muy adictos á su obispo Demófilo, hombre sagaz é insinuante, no podían nombrar sin horror al que miraban como su rival. Contra el hombre apostólico apelóse á todas las tramas y ardides tan familiares á estos intrigantes. Se le calumnió, le delataron á los tribunales, y acalararon de tal modo al populacho contra su doctrina y su persona que algunas veces se vió perseguido á pedradas; mas su modestia, su dulzura angelical, y una moderacion inalterable, junto con su valor y perseverancia, triunfaron de todo. Convencido ya de que ocupaba el lugar destinado por la Providencia, nada pudo desviarle del intento de seguir fielmente las huellas de sus verdade-

(1) Greg. Nazian. *Orat.* 23.

ros ministros tan firmes en guardar sus dignidades en la persecucion, como propensos á huir de ellas cuando se las conferian.

Hospedóse en casa de unos parientes que tenia en Constantinopla, sin querer ser gravoso á ninguna otra persona, si es que fuera posible incomodarse á sus huéspedes, porque su vida era de una frugalidad increíble, y su alimento, como lo dice él mismo, tan poco costoso como el de los pájaros. Salia pocas veces, y jamás á visitas indiferentes, ni por diversion ó curiosidad, y esto en una ciudad que era la maravilla del imperio, donde tantos espectáculos y monumentos extraordinarios atraían á los extranjeros de todas clases y de todas las partes del universo. Nada podia producir mejor resultado en una iglesia, donde la vida muelle y disipada de los eclesiásticos causaba grande perjuicio á la Religion. Así la sabiduria y gravedad de las costumbres de Gregorio le grangearon primero la estimacion y poco despues el amor general.

Principió reuniendo á los fieles en la casa en que vivia, pues los arrianos habian usurpado todas las iglesias á los ortodoxos, y esta casa vino despues á ser una iglesia célebre llamada la Anastasia ó la Resurreccion, porque el santo doctor habia como resucitado allí la verdadera fé. Luego que dió algunas instrucciones, su elocuencia escitó la admiracion de todos. Su estilo elegante y fácil, y al propio tiempo exacto y conciso, su imaginacion tan brillante como fecunda, su raciocinio fuerte y persuasivo, junto con una profundidad singular en la ciencia de las Escrituras, todo esto atraía á los católicos por un motivo de piedad, y á los hereges de todas las sectas, y aun á los mismos paganos, por el cebo del placer ó de la curiosidad. Forzábanse las balastradas que rodeaban el santuario donde predicaba, para oírle mejor; interrumpianle muchas veces con aclamaciones y aplausos, y

en todos los rincones del edificio se veian copiantes ocupados en transcribir sus discursos en tanto que él los pronunciaba.

Combatia claramente y sin respeto humano los errores dominantes; y entonces compuso las oraciones llamadas de la teología, en que pone de manifesto de un modo admirable la doctrina sublime de la naturaleza de Dios y de la Trinidad de las Divinas Personas. Se cree que estas piezas tan sublimes y tan eloquentes, á pesar de la sutileza de la materia, son las que le adquirieron el renombre de teólogo, que así es como se le apellida comunmente en la antigüedad para distinguirlo de los demás Padres que tuvieron el nombre de Gregorio; título eminente que solo este escritor eclesiástico mereció con el mas sublime de los Evangelistas. Mas lejos de dar en el escollo de una temeraria curiosidad y penetrar indiscretamente en la profundidad formidable del Ser Divino, su primer cuidado fué, al contrario, reprimir la curiosidad arriesgada de dogmatizar, que entonces era tan general en Constantinopla y de un modo enteramente desenfrenado entre los novadores.

Durante estos gloriosos y difíciles trabajos tuvo que sostener otra prueba en extremo dolorosa á la sensibilidad de su corazon. Su digno y constante amigo Basilio de Cesarea terminó al fin su carrera el primer dia del año 379, despues que sus virtudes se acabaron de acendrar con las contradicciones y resentimiento obstinado de Eustacio de Sebaste. Este herege disfrazado y sus satélites jamás le perdonaron el haberle ligado al cuerpo de la Iglesia con una confesion de fé tan auténtica y tan clara que no podia separarse de ella sino con un escándalo tan contrario al plan de este hipócrita como al interés de su secta; mas todos los órdenes de la gerarquía entre los ortodoxos y todos los verdaderos hijos de la Iglesia veneraban con sinceridad al santo

doctor cuando se les arrebató la muerte.

Hubo en sus funerales un concurso tan grande de toda clase de personas que muchos quedaron sofocados con las apreturas (1). Todos á porfia querian tocar el borde de su ropa ó la cama en que se le habia llevado á la sepultura. Los gemidos interrumpian á lo lejos el canto de los salmos; los paganos y los judíos se mezclaban con los fieles y lloraban á este padre comun de todos los menesterosos. Sus discipulos y hasta sus domésticos contaban sus acciones y sus discursos edificantes; y haciendo la dignidad de la materia olvidar á todos la humilde condicion de esta especie de panegiristas, los oían con respetuosa atención hasta las personas mas distinguidas. En suma, no hay ejemplar de que á otra persona alguna se haya mostrado tal amor ó tal veneracion. Llegaron muchos hasta imitar al Santo aún en las cosas mas indiferentes, en su modo de andar, de comer, de vestirse, y hasta en los defectos exteriores, como su lentitud en hablar. Pero en breve se le tributaron honores de un orden mucho mas elevado, pues por el panegirico que hizo poco despues su hermano San Gregorio, obispo de Nisa, vemos que el mismo dia de su muerte fué convertido en un dia de fiesta con las brillantes solemnidades que en él se celebraron. Ejercitáronse como á porfia los mas distinguidos oradores en tan bello campo, en el cual la amistad renovó en los talentos superiores de Gregorio (Nacianzeno) toda la sublimidad y fuego de sus primeros años.

El elocuente diácono de Edesa, San Efrén, no habia esperado la muerte de Basilio para honrar su memoria. A vista de sus virtudes y de sus cualidades maravillosas, en una visita que le hizo en Cesarea quedó súbitamente poseido de aquel entusiasmo que

(1) Gregor. Naz. *Orat.* 20. *Orat.* 20. (1)

comunica también á sus lectores en la relación que nos ha dejado: «Estando, dice (1), en una ciudad, donde yo creía beber en las fuentes puras de la caridad, por estas palabras que me dejaron asombrado: *levántate, Efrén, y sustentate con el verdadero alimento que nutre las almas.* — ¿Y dónde le buscaré, Señor? respondió con inquietud. *Hé aquí, siguió la voz,* aludiendo al nombre de Basilio que significa rey, *hé aquí en mi casa un vaso regio que te suministrará este precioso alimento.* Me levanto, voy al templo del Altísimo, entro con respeto en los augustos pórticos, miro con viveza en lo interior del edificio sagrado, y veo en el *Sancta sanctorum* el vaso de elección, de donde salían las palabras de vida, espuesto magestuosamente delante de las ovejas puras, cuyos ojos respirando un santo anhelo estaban fijos en él. Vi por do quiera el inmenso resplandor apacentarse con ardor del alimento celestial: vi correr al rededor rios de lágrimas, en tanto que él hacía subir oraciones fervorosas hácia el cielo como un incienso de agradable olor, y vi bajar del cielo torrentes de bendiciones. Vi por fin los coros de estos ángeles terrestres brillar con resplandores de gracia, y no pudiendo resistir más al espíritu que se apoderó de todos mis sentidos, ensalcé en alta voz la sabiduría y bondad del Eterno que honra de esta manera á los que le honran.»

Efectivamente, Efrén elogió en público al santo arzobispo, lo cual causó cierto rumor en toda la reunión, é hizo decir á algunos: «¿Qué extranjero es este que así alaba á nuestro obispo? Sin duda este mercenario le disonjea así para recibir algún presente.» Mas dignándose el Señor de inspirar á un Santo lo que convenia pensar de otro Santo, hizo que no opinase de ese modo el pastor. Después de la celebración

(1) Cot. Mon. Gr. tom. 3, p. 58.

del santo sacrificio llamó Basilio á este hombre extraordinario y conferenció largamente con él (1). Los historiadores de la antigüedad no hablan del intérprete que ciertos modernos hacen intervenir aquí sin razón; pues que alabando en público Efrén á Basilio en la iglesia de Cesarea, lo entendió bien el pueblo; sin duda les habló en su idioma, y no en el siríaco en el que aquella multitud debía estar mucho menos versada que su sabio arzobispo. Sois, le preguntó al momento Basilio, sois aquel Efrén que honra el yugo del Salvador por el fervor y perseverancia con que le lleva? — Soy, respondió el humilde diácono, soy aquel Efrén, que apenas principia á andar por el camino de la salvación. El santo obispo le abrazó y obligóle á comer con él. No obstante, no dejó de admirarse de la manera con que Efrén le había encomiado en público y le preguntó el motivo. — Porque vi, dijo Efrén, sobre vuestro hombro derecho una paloma mas blanca que el armiño, que parecia dictaros lo que deciais á vuestro pueblo. A las demás preguntas respondió con un espíritu y un fondo de juicio y de sabiduría que admiró tanto al prelado como la eminente virtud de su huésped.

Muy poco sobrevivió San Efrén á San Basilio, pues se cree que murió cerca de un mes después. Entonces escribió un discurso que se llama su testamento, en el que prohibe de la manera mas terminante que se le tribute honor alguno de los que se hacian á los Santos, ni guardar sus vestidos como reliquias, ni sepultarle debajo del altar ni en otro lugar alguno de la iglesia. Ordena que se le ponga sin ninguna magnificencia en un rincón del cementerio, y recomienda muy particularmente que se hagan por él limosnas, oraciones y sacrificios.

(1) Theod. p. 21; Sozom. p. 220.

cios, en especial el día 50 después de su muerte, porque estas prácticas respetables estaban estendidas ya desde entonces en todas las iglesias (1).

Nueve meses después que San Basilio murió su hermana Macrina en el monasterio de que era superiora junto á la ciudad de Iborra de la provincia del Ponto. Hallóse allí su hermano San Gregorio Niseno, que regresaba de un Concilio de Antioquia, á donde asistió este año de 379. Los monges que bajo la dirección de San Pedro, otro de sus hermanos, vivían á alguna distancia de estas religiosas, salieron según costumbre á recibir al obispo, aunque extraño en aquella diócesis, y las vírgenes le esperaron en la iglesia. Todos oraron juntos, y después el obispo les dió la bendición, y retiráronse todas ellas con modestia, sin que quedase una sola para hablarle; lo que hizo conjeturar á Gregorio, sin duda porque tenían el velo puesto, que la superiora no estaba entre ellas. Ordenó, pues, que le introdujesen en lo interior, y encontró á su hermana enferma de peligro. Ya hacia ocho años que no se habían visto por causa de la persecución que obligó á Gregorio á dejar su país mucho antes de morir Basilio, su hermano común. No tardó en recaer la conversacion acerca de este respetable objeto de su cariño, lo cual enterneció estremadamente á Gregorio; pero Macrina, próxima á reunirse con su santo hermano en los cielos, donde su alma parecia estar ya, consoló al que dejaba en la tierra con un excelente discurso sobre la dignidad de nuestras almas y la felicidad de la vida venidera. Gustóle tanto al sábio obispo de Nisa, que le insertó después en su Tratado del Alma y de la Resurrección, que existe aún, aunque también ha sido corrompido como algunas otras obras de este Padre, probablemente por los origenistas.

(1) Mon. Gr. tom. 3, p. 58.

Mientras Gregorio y Macrina estaban conversando, oyeron entonar los salmos de la oración de las lámparas, esto es, las Vísperas. Envió la Santa á su hermano á la iglesia y se puso á orar sola. Al día siguiente por la tarde, conociendo llegada su última hora, no quiso hablar sino con Dios. Al principiar la misma oración de la tarde se esforzó á cumplir con ella del modo posible, é hizo primero la señal de la cruz en los ojos, boca y corazón, y al acabar la oración la hizo también en el rostro, y al punto espiró exhalando un profundo suspiro. Gregorio detuvo, para preparar los funerales, dos de las principales religiosas, la una viuda de distincion, llamada Vestiana, y la otra la diaconisa Lampadia, que bajo la dirección de Macrina regia la comunidad. Preguntólas si habia reservados algunos hábitos de la abadesa, propios para adornar su cuerpo según costumbre. Lampadia respondió llorando: «Señor, todo lo que tenia era este manto ordinario, ese velo que la cubre la cabeza, y estos zapatos ya usados, hé aquí toda su riqueza.» Vióse precisado el obispo á adornarla con uno de sus propios mantos, pues entonces los hábitos de los dos sexos consistian en largas túnicas, muchas de las cuales convenian indistintamente á ambos sexos. Vestiana acomodando la cabeza dijo á San Gregorio: «mirad su collar.» Despególe por detrás, sacó á un mismo tiempo una cruz y un anillo de hierro que la Santa llevaba siempre sobre su corazón, y los presentó al obispo. «Partamos, dijo Gregorio, estas preciosas reliquias de la pobreza de Jesucristo: guardad la cruz, y yo me quedaré con el anillo; porque veo también en él grabada una cruz.» Vestiana respondió: «no escogisteis mal, el anillo está hueco y encierra una partícula de la verdadera cruz.» Pasóse la noche en cantar salmos, como en las festividades de los mártires. Al ama-